

# HACIA UNA IGLESIA EN COMUNIÓN EUCARÍSTICA EN EL VATICANO II Y EN LAS HUELLAS DE SAN AGUSTÍN<sup>1</sup>

## Towards a Church in Eucharistic Communion in Vatican II and in the Footsteps of Saint Augustine

---

Manuel Eduardo Calderón Contreras (Mg)\*

### Resumen

En el presente artículo se presenta una Iglesia en Comunión Eucarística en el Vaticano II y en las huellas de San Agustín. Desde hace muchos siglos atrás, había visto ya ciertas dificultades en la vida cristiana y ya se apuesta por una Iglesia que desde la eucaristía viva la experiencia de la comunión; ciertamente él no dejó un tratado sistemático sobre la Eucaristía, sin embargo podemos

---

<sup>1</sup> Este artículo titulado "Hacia una Iglesia en comunión eucarística en el Vaticano II y en las huellas de san Agustín" es del autor Manuel Eduardo Calderón Contreras y deriva de la tesis titulada HACIA UNA IGLESIA EN COMUNIÓN EUCARÍSTICA San Agustín y Martín Lutero a la luz del Concilio Vaticano II; tesis de grado para el título de Thesis ad Licentiam In Sacra Theologia dogmatico-sacramentaria presentada a PONTIFICIUM ATHENAEUM S. ANSELMI DE URBE FACULTAS S. THEOLOGIAE, Romae, 2012.

\* Licenciado en Teología dogmática -Sacramental equivalente a Magister en Teología Dogmática -Sacramental, graduado con la Thesis ad Licentiam In Sacra Theologia dogmático- Sacramentaria en la PONTIFICIUM ATHENAEUM S. ANSELMI DE URBE FACULTAS S. THEOLOGIAE, docente en la Fundación Universitaria Cervantes San Agustín. Como citar este artículo: Zamora, P. (2018). Hacia una Iglesia en Comunión Eucarística en el Vaticano II y en las huellas de san Agustín. Revista *Caritas Veritatis*, 3, 109-157.

Recibido: 03-05-2018 // Aprobado 28-08-2018

acercarnos a su pensamiento a través de varias de sus obras, pero especialmente, a través de tres de sus sermones: sermón 227, sermón 228 y sermón 272; y éste se puede configurar como el objetivo de nuestro tercer capítulo, donde busco presentar los puntos de encuentro entre San Agustín, Lutero y el Vaticano II en lo referente a nuestro tema.

Para san Agustín la Eucaristía es el *signum unitatis*, en donde se refleja de una manera más exacta y profunda la unidad de todos los miembros de la Iglesia. Esta postura agustiniana surgió, en parte, como respuesta a las inquietantes amenazas y contradicciones de sectas como los donatistas, pelagianos y maniqueos.

**Palabras claves:** Iglesia, comunión, eucaristía, Vaticano II, sermón.

### **Abstract**

This article presents a Church in Eucharistic Communion in Vatican II and in the footsteps of Saint Augustine. For many centuries, certain difficulties in Christian life have been evident, and there has been a push for a Church that lives the experience of communion through the Eucharist. Although Saint Augustine did not leave a systematic treatise on the Eucharist, we can approach his thought through several of his works, particularly through three of his sermons: Sermon 227, Sermon 228, and Sermon 272. This could serve as the objective of our third chapter, where I aim to present the points of convergence between Saint Augustine, Luther, and Vatican II regarding our topic. For Saint Augustine, the Eucharist is the *\*signum unitatis\**, where the unity of all Church members is most accurately and profoundly reflected.

This Augustinian stance arose, in part, as a response to the unsettling threats and contradictions posed by sects such as the Donatists, Pelagians, and Manicheans.

**Keywords:** Church, communion, Eucharist, Vatican II, sermon.

## **1. La Comunión de la Iglesia Herida por un Cisma**

El siglo IV será en el norte de África un tiempo de turbulencia para la Iglesia debido al cisma donatista. Los orígenes de este fenómeno religioso responden a varias causas, “el contexto geopolítico de una historia a la vez etnográfica, social, económica, cultural y política, cuyo término clave es romanización” (Langa, 1988,p.8). Este movimiento que nació en el norte del continente africano, estaba conformado por gente humilde y pobre que protestaba contra las esferas de la alta sociedad romana. En la mayoría eran bereberes, campesinos. Al parecer el origen de este movimiento se ubica entre los años 303 y 312. En el 303 el emperador Diocleciano decreta una persecución abierta contra los cristianos, surgiendo así una política antirreligiosa; se confiscaban los bienes, se destruía la Biblia y hasta se llegaba a destruir las iglesias.

Otro edicto del año 304 obligaba incensar las divinidades romanas, a lo que algunos clérigos accedieron. Sin embargo, la Iglesia de África coloca en esta breve época, muchos mártires. Esta persecución terminó hacia el año 305. “El 19 de mayo del 303 marca un hito importante en lo que al nacimiento de los donatistas se refiere. Clero y fieles congregados junto a su obispo Pablo en la basílica de Ciria Constantina, irrumpen de pronto en el sagrado recinto el magistrado seguido del séquito de soldados prestos a efectuar el registro. Pretende averi-

guar quiénes sean lectores de la Sagrada Escritura, así como dar con el escondite de los vasos sagrados. Pablo y algunos clérigos colaboran. Otros, por el contrario, escurren el bulto, ignorando saber nada de cuanto el magistrado pide. Conducta de sofismas y mentiras después de todo, que será característica dominante en el donatismo” (Langa 1988, p.7).

Los donatistas recordarán en su martirologio, en cambio, a los confesores de Abitina que, después de morir su obispo, siguieron reuniéndose para orar hasta que fueron arrestados en febrero del 304. En cambio, el primado cartaginés Mensurio, engañó a las autoridades entregándoles libros heréticos en vez de las Sagradas Escrituras.

Diez obispos se reunieron en un primer concilio donatista, donde consagran a un nuevo obispo. Para la consagración debían imponer las manos aquellos que fueran irreprochables, pero al no encontrar entre ellos uno, hacen de la vista gorda y lo consagran. Esta escena adelanta lo que harán en el futuro: “raras mezclas de textos bíblicos con injurias, y de amenazas e intransigencias con oportuna concesión a las capitulaciones, producto de hipocresía y cinismo” (Langa, 1988, p. 8). Surge una rivalidad entre Cirta Constantina y Cartago. Debido a que, a la muerte del primado de Cartago, Mensurio, tres obispos se afanan a nombrar en su lugar a Ceciliano; pero al llegar Segundo de Tigisi (primado del episcopado de Numidia) junto con otros setenta obispos, declaran nula la consagración y es depuesto Ceciliano de su episcopado. Consagran en su lugar a Mayorino, que sale elegido gracias a cuantiosas sumas de dinero repartidas allí.

Es así como el cisma nace. Mayorino acude entonces a Roma para que el emperador lo reconozca como legítimo obispo de Cartago; pero por el camino muere y lo reemplaza “Donato de Casas negras, o de Cartago, o el Grande... hábil organizador y verdadero artífice del crecimiento y la expansión de los donatistas” (Langa, 1988, p.12). El emperador Constantino se entera de lo sucedido y:

Confía el examen del contencioso a tres obispos galos –Reticio de Autún, Materno de Colonia y Marín de Arlés – y al Papa Milciades (311-314), africano él. Del 2 al 4 de octubre del 313, Milciades preside en Roma. -Laterano- un concilio de 19 obispos, el mismo día 2 se pronuncian en contra del grupo. Donato y los suyos recurren entonces la sentencia y vuelven a solicitar a Constantino que entienda el caso” (Langa, 1988,p. 12).

Y esta vez Arlés, declara inocentes a Ceciliano y Félix, que han sido víctimas de patrañas.

Los integrantes de ese grupo comienzan a ser conocidos como donatistas, bautizados así debido a su líder Donato. Éste es puesto preso en Roma por crear problemas en el clero. El emperador Constantino quiso que se reconciliara con Ceciliano y le dio libertad, pero Donato aprovechó y se fugó a África, donde dirigía a los suyos.

Constantino en vista del gran problema surgido entre católicos y donatistas, dictó una ley en la primavera del 317 donde confiscaba las iglesias donatistas y declaraba el exilio de sus obispos. Esto golpeó duro a este grupo. Pero sus seguidores siguieron fieles a Donato y a la secta y se iban fortaleciendo. En el año 321 Constantino termina esta ley al percatarse que por la fuerza no pudo

hacer mucho. Donato abre su iglesia en febrero del 330 y reúne un concilio de 70 obispos.

Constantino muere en el 337 y sus hijos continúan con su política antidonatista. El sucesor de Constantino envía a África a Macario y a Pablo, para arreglar el problema, y ante la dureza de los donatistas, los reprenden con fuerza y Donato sale exiliado, de donde nunca más volverá. Al morir Donato en el 355, lo sucede Parmeniano, primer jefe no africano y en el 361 llega al poder el emperador Juliano el Apóstata, que acepta la secta, y muere en el 363.

Surge una época de paz y tranquilidad para los donatistas, que tienen la aprobación del emperador y regresan sus obispos del exilio; y la Iglesia católica lleva la peor parte. San Agustín comenta:

A éstos (hijos de Constantino) les sucedió Juliano, apóstata y enemigo de Cristo, quien, por las súplicas de Rogaciano y Poncio, delegados vuestros (*hablando a los donatistas*), delegó una ruinosa libertad al partido de Donato. Devolvió las basílicas a los herejes y los templos a los demonios, pensando que podía aparecer el nombre cristiano en el mundo si rompía aquella unidad de la Iglesia de que él había desertado. Por eso permitió las disensiones libre y sacrílegas (Langa, 1988,p.19).

Después que murió Juliano lo sucedió Joviano que murió rápido y nada dijo al respecto, luego Valentiniano, Graciano y Teodosio establecieron serias leyes en su contra.

Al morir Parmeniano (391/2) se produce un cisma al interior de la secta con el maximianismo. Priamo sucede

a Parmeniano y representa la parte ruda, intransigentes y radicales y por otro lado estaba Maximiano que representa a los sectores más moderados (con cien obispos) que condenaron a Priamo en un concilio, pero Priamo reunió a 310 obispo en otro concilio en Cabarsura (año 393) que excomulgaron a los maximianistas.

Hacia el año 401 las cosas seguían mal; pero la parte católica ya contaba con el obispo Agustín en Hipona, quien fue su acérrimo contradictor. En el año 411 se realizó una conferencia de obispos católicos y donatistas en Cartago, a la cual asiste Agustín y donde son condenados los donatistas. Éstos fueron derrotados y acudieron al emperador en busca de ayuda y lo que recibieron fue otro edicto contra ellos, lo que los fue debilitando. En el 418 había un total de 30 obispos de ese grupo. Ya después del 422 Agustín escribe muy poco sobre éstos. Al morir Agustín, el donatismo estaba debilitado, sin embargo, logró sobrevivir en algunos adeptos hasta el siglo VII, cuando desapareció de la historia.

Los donatistas, afirmaban ser la verdadera Iglesia; eran ellos la iglesia de los verdaderos mártires; y era ésta la iglesia santa y pura. Sólo aceptaban el bautismo donatista y fuera de ella todos estaban perdidos, incluidos los católicos. Sólo sus sacramentos eran válidos. Además, afirmaban que los sacramentos para su validez dependían de la santidad del ministro. Y predicaban el rebautismo, es decir, como solo el bautismo de ellos era válido, al entrar en esa iglesia, todos debían ser bautizados de nuevo.

En este ambiente aparece san Agustín. Un hombre fruto de muchas turbulencias durante su vida, como él mismo lo presenta a lo largo de todo el libro de las Confesiones.

Obispo de Hipona, Agustín se convierte en defensor de la Iglesia y de su unidad, para lo cual recurre muchas veces al sacramento de la Eucaristía, porque allí se simboliza la unidad de todos los cristianos y a ella estamos invitados todos, incluso los donatistas.

La vida de san Agustín fue ella misma un testimonio de pastor y de cristiano. Un hombre de atenta escucha y de amorosa acogida, con una ardiente sensibilidad por los demás. Su vida fue una luz encendida en medio de una sociedad que se oscurecía en medio de doctrinas “novedosas, llamativas y extrañas” (Hb 13,9).

El cuidado o la atención pastoral de Agustín se extendió a diferentes campos: el servicio ministerial, la asistencia a los pobres, el reparto de las riquezas de las Escrituras, la solicitud por la Iglesia, la atención a la comunidad, la unidad o el ecumenismo...aunque se siente pastor, prefiere ser contado dentro del rebaño (Schrama, 2005,p.326).

Si como sacerdote gozaba de gran fama entre el pueblo de Dios, como obispo predicaba la Palabra de Dios con mayor fortaleza y firmeza, fervor y con gran autoridad; “no sólo en una región, sino dondequiera que le rogasen, acudía pronta y alegremente, con provecho y crecimiento de la Iglesia de Dios, dispuesto siempre a dar razón a los que se la pedían de su fe y esperanza en Dios”, según nos relata san Posidio, quien lo conoció personalmente y quien fue uno de sus grandes amigos (Posidio , 2006, p.6).

Sin embargo, no podemos olvidar todos los inconvenientes que seguramente tuvo el obispo de Hipona, de frente a las diferentes sectas (maniqueos, arrianos, donatistas) que iban en contravía con la Iglesia como lo

podemos notar al leer sus sermones y escritos, o al acercarnos a la vida suya escrita por su amigo Posidio.

## **2. La Eucaristía comunión del Cuerpo de Cristo**

### **2.1. Iglesia en comunión y ministerio, la eucaristía sacramento de unidad y vínculo de caridad.**

La Eucaristía para san Agustín, se fundamenta especialmente en la comunión eclesial; es decir, la comunidad de bautizados que entran a formar un solo cuerpo en Cristo. Comulgar el cuerpo y la sangre de Cristo, es afirmar, de alguna manera, la unidad existente entre todos los miembros de la comunidad eclesial. “Durante el tiempo en que oriente y occidente se mantuvieron unidos, Agustín es probablemente, entre los Padres, el que expresó de forma más precisa y más profunda este vínculo entre la eucaristía (cumbre de la iniciación cristiana) y la Iglesia” (Tillard, 2006, p. 346).

Para nuestro análisis usaremos de manera especial tres de sus sermones, a saber, el sermón 227 sobre el sacramento de la Eucaristía, pronunciado en la ciudad de Hipona el día de Pascua (posiblemente posterior al año 412); el sermón 228, alocución a los neófitos en Hipona el día de Pascua; el sermón 229 sobre los sacramentos pascuales, también en la misma ciudad, entre los años 405 y 411 el día de Pascua; y el sermón 272 que está dirigido a los neófitos el día de Pascua, entre los años 405 y 411 en un lugar no establecido con seguridad (San Agustín, 1983)<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup>La versión en español de estos sermones está tomada de San Agustín (1983): Estos sermones: serm 227 páginas 285-288; serm 228 en p. 289-292; serm 229 en p. 297-301; y serm 272 en p. 766-769. Claro está que podemos hacer algunas referencias a otros textos que de acuerdo al argumento sean oportunos tratar brevemente.

Ahora bien, conviene tener presente que para San Agustín la relación entre la Eucaristía y la Iglesia constituyen en su reflexión teológica un punto de central importancia y que podemos encontrar en sus diferentes obras. Así por ejemplo en el comentario al evangelio de san Juan 6,51 donde está escrito: "... el pan que yo le voy a dar es mi carne para la vida del mundo", encontramos una de las páginas, que podríamos afirmar, ha tenido eco a lo largo de toda la historia, incluso hasta nuestros días cuando el Concilio Vaticano II ha dicho de la Eucaristía que es "sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera" (SC 47); en efecto San Agustín se refiere a la Eucaristía con la siguiente exclamación: "¡Oh sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh vínculo de caridad! Quien quiere vivir, tiene dónde vivir, tiene de dónde vivir. Aproxímese, crea, incorpórese (entre a formar parte del cuerpo), para ser vivificado" (homilía 26. Tratado sobre el Evangelio de San Juan). "Esta homilía, fechada después del 413, (no más allá del 421) es decir, después de la famosa Conferencia de Cartago del 411 que pone fin al cisma de la Iglesia africana, muestra ya una Iglesia unida entorno a una sola eucaristía, más allá de cualquier franja donatista aún existente"<sup>3</sup>.

Ahora bien, para san Agustín al hablar de la Iglesia y de la Eucaristía, es de vital importancia hablar también de unidad y de Cuerpo de Cristo, pues para él dicho Cuerpo es al mismo tiempo el pan eucarístico y la Iglesia. "El lector de Agustín que pretendiera ignorar tal unidad se

---

<sup>3</sup>"Tale Omelia, databile dopo il 413 (non oltre il 421), vale a dire dopo la famosa Conferenza di Cartagine del 411 che pose fine allo cisma della Chiesa africana, mostra già una Chiesa unita intorno ad una sola eucarestia, al di là di qualche frangia donatista ancora esistente". (Grossi, 2005,p.16).

encontraría en una dificultad sin salida al leer su pensamiento sobre la Eucaristía” (Grossi, 2005, p. 15)<sup>4</sup>, porque al hablar de Iglesia se debe hablar de Eucaristía y al hablar de Eucaristía se debe hablar necesariamente de Iglesia.

Y esto es comprensible en el contexto de la discusión antidonatista que se entabla en el Norte del África y de la cual San Agustín se convierte en el principal interlocutor, contra ellos predica, escribe y discute en varias oportunidades en un ambiente eucarístico-eclesial. Por eso en sus sermones cuando habla de la Eucaristía siempre hace la referencia al Cuerpo y sangre de Cristo que están presentes bajo estas apariencias de pan y de vino, donde se establece además la comunión de toda la Iglesia.

En el sermón 227 en el día de Pascua, San Agustín busca explicar a los que habían sido bautizados la noche anterior acerca de la Eucaristía: “Tengo bien presente mi promesa. Os había prometido a los que habéis sido bautizados explicaros en la homilía el sacramento del Señor, que ahora ya veis y del que participasteis en la noche pasada. Debéis conocer lo que habéis recibido, lo que vais a recibir y lo que debéis recibir a diario” (San Agustín, 1983, p.285).

Como parte de la comunidad cristiana, los neófitos deben comprender de una manera más precisa y práctica lo que se celebra en este sacramento. Vemos aquí cómo para el obispo de Hipona es de vital importancia que para que exista en realidad una Iglesia en comunión es necesario que se conozca lo que se celebra, que no sea

---

<sup>4</sup>“il lettore di Agostino che prescindesse da tale unitarietà si troverebbe in una difficoltà senza uscite nel leggere il suo pensiero sull'eucarestia”. (Grossi, 2005,p. 15).

algo mecánico; la eucaristía debe ser una relación de amor con Cristo y con la Iglesia (o el *Christus totus*, es decir, cabeza y miembros). “Para Agustín la Iglesia es primero que todo comunidad de fe y amor fundada en Cristo, comunidad viva de creyentes, en quienes Dios habita como en su templo, pueblo de Dios variadamente compuesto, que incluye todos los miembros: laicos y jerarquía” (Ceriotti, 2009)<sup>5</sup>.

Este pan que vosotros veis sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. Este cáliz, mejor, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su cuerpo y sangre, que derramó para la remisión de nuestros pecados. Si lo habéis recibido dignamente, vosotros sois eso mismo que habéis recibido. Dice, en efecto, el Apóstol: *Nosotros somos muchos, pero un solo pan, un solo cuerpo*. He aquí cómo expuso el sacramento de la mesa del Señor: *Nosotros somos muchos, pero un solo pan, un solo cuerpo*. En este pan se os indica cómo debéis amar la unidad (San Agustín, 1983, p.76)<sup>6</sup>.

El tema de la comunión eucarística de la Iglesia es presentada aquí en referencia al planteamiento paulino de

---

<sup>5</sup>“Per Agostino la Chiesa è innanzitutto comunità di fede e d’amore fondata in Cristo, comunità viva dei credenti, in cui Dio abita come nel suo tempio, popolo di Dio variamente composto, che include tutte le membra: laici e gerarchia”. (Ceriotti, 2009, p. 74) “... sabemos que esta unidad del Cuerpo Místico, unidad que constituye la energía vivificante del *totus Christus* (Cabeza y miembros), tienen, para San Agustín, su sacramento: es la Eucaristía” (Ruano de la Haza, 1992, p.372).

<sup>6</sup> Serm. 227 (San Agustín, 1983). Lutero insistirá también en la importancia de la celebración de la Eucaristía en comunidad, donde Cristo se hace presente cumpliendo su promesa. Para Lutero no es posible entender una eucaristía sin comunidad; además uno de los puntos centrales de será precisamente el perdón de los pecados a través de la Eucaristía, como lo hemos presentado en el capítulo anterior.

1 Cor 10,17 donde el apóstol la simboliza con la unidad existente ya en el pan mismo, concepto que Agustín tiene muy presente y que desarrolla en varias oportunidades. Para él está claro que el mismo Jesús quiso simbolizar la unidad de la Iglesia a través de la Eucaristía por medio del pan y del vino, que fruto de muchos granos de trigo y de muchas uvas, vienen a simbolizar de manera bastante clara lo que Cristo desea de nosotros. Así mismo el Concilio Vaticano II hablando de toda la labor humana inserta en el misterio Pascual y caminando siempre con la confianza y la experiencia del amor divino, dice que "...el Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial" (GS 38).

¿Acaso este pan se ha hecho de un solo grano?  
¿No eran, acaso, muchos los granos de trigo?  
Pero antes de convertirse en pan estaban separados; se unieron mediante el agua después de haber sido triturados. Si no es molido el trigo y amasado con agua, nunca podrá convertirse en esto que llamamos pan. Lo mismo os ha pasado a vosotros: mediante la humillación del ayuno y el rito del exorcismo habéis sido como molidos. Llegó el bautismo, y habéis sido como amasados con el agua para convertirlos en pan. Pero todavía falta el fuego, sin el cual no hay pan, ¿Qué significa el fuego, es decir, la unción con aceite? Puesto que el aceite alimenta el fuego, es el símbolo del Espíritu Santo... Cuando os reunís en la Iglesia, evitad las habladurías necias y prestad

atención a la Escritura<sup>7</sup>. Nosotros somos vuestros libros. Estad atentos, pues, y pensad que en Pentecostés ha de venir el Espíritu Santo. Y ved cómo vendrá: mostrándose en lenguas de fuego. El nos inspira la caridad, que nos hará arder para Dios y despreciar el mundo, quemará nuestro heno y purificará nuestro corazón como si fuera oro. Después del agua llega el Espíritu Santo, que es el fuego, y os convertís en el pan, que es el cuerpo de Cristo. Y así se simboliza, en cierto modo, la unidad (San Agustín, 1983)<sup>8</sup>.

Es interesante en este punto ver cómo el obispo de Hipona hace una presentación unitaria de los sacramentos de iniciación cristiana del Bautismo, Confirmación y Eucaristía, refiriéndose a ellos con el agua y el fuego, en vistas a una plena transformación en el pan; en otras palabras, nacidos por el bautismo a vida nueva según el Apóstol Pablo, por medio del baño bautismal, somos fortalecidos además por el Espíritu Santo que congrega y santifica la Iglesia en la celebración comunitaria de la Eucaristía. Y es que esto se comprende además en razón a la unidad de estos tres sacramentos dentro de una misma celebración en la época de san Agustín, cuando aún se realizaba el bautismo de adultos con una etapa previa de catecumenado y se celebraba el sacramento la noche de Pascua.

La unidad que existe en la Eucaristía del sacramento del Bautismo y de la Confirmación, señalan en cierto modo

---

<sup>7</sup> En varias oportunidades san Agustín establece la importancia de la Palabra de Dios en la vida del cristiano, de hecho, tanto en sus homilias como en sus escritos las citas bíblicas son abundantes. Este aspecto central de la Sagrada Escritura no podía ser desconocido para un agustino y además estudioso de la Biblia como lo fue Martín Lutero, que basa su teología eucarística en la Sagrada Escritura.

<sup>8</sup> Serm. 227.

la misma unidad que debe existir en la Iglesia entre los cristianos a razón del bautismo recibido. Algo parecido a lo que LG 2 expresa cuando afirma que el Padre determinó convocar a todos en Cristo en la Iglesia, que además fue preparada desde siempre y constituida en el tiempo manifestándose gracias a la acción del Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo que hace posible la unidad en la diversidad.

Una Iglesia en comunión no es fruto de la sola acción humana, por eso el ser humano necesita unirse estrechamente a Cristo por medio de los sacramentos de la iniciación cristiana. “La Iglesia, misterio de comunión, es obra y don del Espíritu Santo. La unidad eclesial es vista por San Agustín bajo el aspecto carismático. La Iglesia es el cuerpo de Cristo animado y vivificado por el Espíritu santo” (Ceriotti, 2009,p.71)<sup>9</sup>. Y de manera especial esta íntima unión con Jesucristo se expresa, se celebra y se realiza a través de la Eucaristía. “Luego os acercasteis al agua, fuisteis amasados y hechos unidad; os coció el fuego del Espíritu Santo, y os convertisteis en pan del Señor” (San Agustín, 1983,p. 298)<sup>10</sup>.

La Caridad es para el santo de Hipona la fuerza vivificante que hace posible el seguimiento de Cristo, que produce la comunión en la Iglesia; la caridad es el motor que impulsa a los cristianos a vivir en fraternidad supe-

---

<sup>9</sup>“La Chiesa, mistero di comunione, è opera e dono dello Spirito Santo. L'unità eclesiale è vista da Agostino sotto l'aspetto carismatico. La Chiesa è il corpo di Cristo animato e vivificato dallo Spirito di Cristo”. (Ceriotti, G, 2009,p. 77). Como es conocido, para Lutero la confirmación no es considerada un sacramento, pero ciertamente esto no quiere decir que él negase o desconociera la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. Para Lutero el Espíritu Santo se hace presente en nosotros para darnos la libertad del pecado y hace posible la comunión en la Iglesia. Él hace posible el amor y la misericordia hacia el prójimo, el Espíritu hace posible que los cristianos se configuren a Cristo y vivan con buenas obras (Cfr. punto 2.1 del capítulo anterior).

<sup>10</sup>Serm. 229. La misma idea la encontramos en el serm 227.

rando cualquier dificultad que se presente en el camino de la vida. Así lo presenta san Pablo en sus cartas, así lo resalta san Juan en el evangelio y en sus cartas, así lo aprendió y lo intentó vivir san Agustín. “La caridad que el Espíritu Santo difunde en el corazón de los fieles (Rm 5,5), es el principio y la fuente de la unidad: *unitas caritatis ecclesia*. A la caridad, de la cual trata difusamente la carta, atribuye varias funciones, que contribuyen a construir la comunidad” (Ceriotti, 2009,p. 77)<sup>11</sup>.

La Caridad que hace posible la comunión de toda la Iglesia, implica a su vez que todos, laicos y ministros ordenados, sean partícipes y responsables de vivir según ese mandato de Cristo en el contexto de la última cena y que se vive cada día y que encuentra su centro en la celebración eucarística. Por eso en varias oportunidades san Agustín habla no solamente a los fieles laicos sino también al clero, basta recordar por ejemplo aquel reconocido sermón 46 sobre Ezequiel 34, 1-16 que habla sobre los pastores y los exhorta a vivir fieles a Cristo en medio de las pruebas y de las graves dificultades de la sociedad, caminando junto a los fieles sin dejarlos desamparados; o los sermones 355 y 356 dirigido a los clérigos.

Para San Agustín el ministro ordenado debe ser un testimonio fiel del amor de Cristo, debe configurarse con él llegando, si es necesario, a entregar la vida por los fieles, así lo expresa en uno de sus sermones: “Yo, a la vez que os alimento, me alimento con vosotros; concédame el Señor fuerzas para amaros hasta morir por vosotros

---

<sup>11</sup> “La carità, che lo Spirito diffonde nel cuore dei fedeli (Rm 5,5), è quindi il principio e la fonte dell’unità: *unitas caritas ecclesia*. Alla carità, di cui tratta difusamente la lettera, attribuisce svariate funzioni, che concorrono a costruire la comunità ecclesiale. (Ceriotti, 2009)

ya en la realidad, ya en la disponibilidad” (San Agustín, 1983,p. 77).

Para San Agustín ser ministro ordenado no es ocupar un puesto de honor en medio del pueblo de Dios para buscar provecho propio, al contrario, el sacerdote y el obispo tienen su razón de ser en relación con los fieles, de quienes es responsable y con quienes debe caminar día a día. El obispo debe reunir el pueblo de Dios no en nombre propio sino en nombre de Dios, quien convoca y reúne; además es en la Eucaristía donde de manera especial se celebra esta comunión de la comunidad cristiana entre sí y con la Trinidad. El Obispo de Hipona en el año 425 pronuncia un sermón en esta línea (sermón 355) que aún tiene mucha actualidad en nuestros días y que sería una gran luz para muchos ministros ordenados de hoy, junto con otros que no trataremos en este trabajo pero que darían perfectamente para un análisis extenso y enriquecedor sobre el ministerio ordenado de nuestros días<sup>12</sup>.

Dice por ejemplo que él no buscaba ser obispo: “Hasta tal punto temía el episcopado que, cuando comenzó a acrecentarse mi fama entre los siervos de Dios, evitaba acercarme a lugares donde sabía que no tenían obispo” (San Agustín, 1983)(Serm 355,2), según una costumbre de la época, que permitía al pueblo escoger sus propios pastores de acuerdo a su testimonio de vida cristiano, y no impuesto o escogido por intereses de poder o de prestigio; por eso continúa el obispo diciendo: “Me guardaba bien de ello y gemía cuanto podía para salvarme

---

<sup>12</sup> Podríamos atrevernos a pensar que también Lutero tuvo conocimiento de estos sermones. Como pudimos notar en el capítulo anterior, la crítica hacia la jerarquía de la Iglesia fue muy fuerte por parte de Lutero, no sin razón en muchos aspectos ciertamente, y así lo dejó plasmado en diferentes escritos.

en un puesto humilde antes que ponerme en peligro en otro más elevado” (serm 355,2); sin embargo el cristiano debe estar abierto a Dios y saber leer su voluntad, por eso Agustín enfatiza: “Mas, como dije, el siervo no debe contradecir a su Señor” y es así como en el año 391 es elegido por el pueblo como sacerdote para ayudar al anciano obispo Valerio en la ciudad de Hipona, y en el año 395 el mismo obispo por iniciativa propia consigue, junto a otros de la región, consagrarlo obispo auxiliar suyo, y al año siguiente, a su muerte, Agustín lo sucede como obispo titular.

Con el obispo Agustín podemos aprender lo que significa en realidad ser obispo (o presbítero): “Llegué al episcopado, y vi la necesidad para el obispo de ofrecer hospitalidad a los que sin cesar iban y venían, pues al no hacerlo se mostraría inhumano” (San Agustín, 1983) (serm 355,2), es decir, ante todo un obispo debe buscar la cercanía a sus fieles “El que preside a un pueblo debe tener presente, ante todo, que es siervo de muchos. Y eso no ha de tomarlo como una deshonra; no ha de tomar como una deshonra, repito, el ser siervo de muchos, porque ni siquiera el Señor de los señores desdeñó el servirnos a nosotros” (serm 340A,1). Dice además acerca de las donaciones que éstas son recibidas para la Iglesia, no para beneficio propio y pensando siempre en el bien de sus fieles: “confieso que acepto las donaciones, pero las buenas, las santas. Pero si alguien se aíra contra su hijo y al morir lo deshereda, si viviera, ¿no trataría de aplacarlo? ¿No debería reconciliarlo con el hijo? ¿Cómo, pues, voy a querer que haga las paces con el hijo, si estoy ambicionando su herencia?” (serm 355,4) ... “No dudo de haber obrado bien cuando dejé al hijo lo que su padre airado le había quitado al morir” (serm 355,5). Y un poco más adelante en el mismo sermón

enfatisa: “No es propio del obispo guardar el oro y alejar de sí la mano del mendigo. Son tantos los que a diario piden, gimen; tantos los pobres que me interpelan, que a muchos tengo que dejarlos en la tristeza, porque no tengo para dar a todos” (serm 355,5).

Incluso para san Agustín el modo de vestir puede enseñar mucho, puede ser testimonio o antitestimonio de un obispo que busca ser reflejo de Cristo siendo coherente con sus palabras y su vida:

No va de acuerdo conmigo; mi vestimenta debe ser tal que pueda darla a un hermano mío si él no tiene; tal que pueda llevarla con decencia un presbítero, un diácono o un subdiácono; así es como la quiero, puesto que la recibo para el común. Si alguien me da una prenda mejor, la vendo, pues ése es mi comportamiento habitual: cuando una prenda no puede ser común, dado que puede serlo el precio de esta, la vendo y doy a los pobres lo obtenido (San Agustín, 1983) (serm 356,13).

Una tentación grave al ejercer el ministerio ordenado es el de buscar sobresalir con orgullo por encima de los demás. Con razón el obispo de Hipona exhorta: “Esté atento, pues, aquel a quien se otorga un lugar encumbrado en la Iglesia, no sea que, hinchado por la soberbia, vaya a dar en el juicio en que cayó el diablo” (San Agustín, 1983) (sem 340A,2).

El ministerio ordenado debe vivirse como una *diakonía*, fue así que desde el mismo grupo de los 12, las primeras comunidades cristianas lo comprendieron y lo vivieron, heredando a su vez a otras comunidades cristianas nacientes a vivir de la misma manera, aspecto que fue de-

bilitándose durante la edad media, donde los ministros ordenados buscaban no servir sino ser servidos, pues se convirtieron en puestos de poder y de honor. Esto es precisamente lo que incluso hasta nuestros días puede notarse en algunos ambientes, no en todos ciertamente, pero debemos prestar atención para superarlo. Así lo presenta también claramente el último Concilio de la Iglesia cuando pide a los obispos recordar su responsabilidad y su misión, en comunión entre sí y con todo el presbiterado y con todos los fieles.

San Agustín insiste frecuentemente en la ministerialidad de la Iglesia y con mayor fuerza lo hace al referirse a los sacerdotes y obispos, ya que la ordenación ministerial configura a la persona como “diácono”, es decir, como servidor de la comunidad cristiana. Por eso, afirma Oñatibia, que “aun cuando se autodefinen también a veces como < < servidores de Cristo > >, los ministros de la Iglesia se consideran a sí mismos ante todo como < < servidores de la Iglesia > >, expresión que encontramos con mucha frecuencia en los escritos de san Agustín” (Oñatibia, 2008).

El Vaticano II presenta esta ministerialidad sacerdotal como servicio a los fieles precisamente como fruto de la comunión que se vive en la Eucaristía, porque al ser ésta la fuente y cima de toda la vida cristiana (LG 11), se configura también como fuente y cima de la vida sacerdotal, en comunión permanente con todo el clero y con los laicos.

Por esta comunión de todos los miembros de Cristo el obispo (y junto a él el presbítero) debe buscar siempre el servir, el dar ejemplo con sus palabras y obras, el vivir de acuerdo con su condición de obispo; así como todo

cristiano está llamado a vivir de acuerdo a lo que significa este nombre, igualmente el ministro ordenado debe vivir de acuerdo a lo que su ministerio significa:

Así debe ser el buen obispo, y, si no es así, no es obispo. ¿De qué le aprovecha a un desgraciado llamarse Félix (Feliz)? Si acoges en tu casa a un mendigo lleno de miserias, de nombre Félix, y le dices: «Félix, ven aquí; Félix, vete allá; Félix, levántate; Félix, siéntate», él, a pesar de la múltiple repetición de ese nombre, seguirá siendo un infeliz. Semejante a éste es quien se llama obispo y no lo es. ¿Qué le aporta la honra del nombre sino el hacer mayor su crimen? ¿Qué es un obispo que tiene ese nombre, pero no lo es? El que disfruta más con su propio honor que con la salud del rebaño de Dios; quien en este ministerio tan sublime busca sus propios intereses, no los de Jesucristo, recibe el nombre de obispo, pero no lo es; para él es un nombre vacío. Y ves que los hombres no hablan de otra forma. —¿Viste al obispo? ¿Saludaste al obispo? ¿De dónde vienes? —De casa del obispo. —¿A dónde vas? —A casa del obispo. Para que sea lo que indica su nombre, escuche no a mí, sino conmigo; escuchemos juntos; escuchemos juntos como condiscípulos en la única escuela del único maestro, Cristo; su cátedra está en el cielo, precisamente porque antes lo fue su cruz en la tierra. Él nos enseñó el camino de la humildad descendiendo para ascender después, visitando a quienes yacían en el abismo y elevando a quienes querían unirse a él. (San Agustín , 1985,p. 26).

## 2.2 La Eucaristía, fuente y culmen de la vida de la Iglesia

Está claro que para san Agustín la Eucaristía se constituye en el centro de la vida de toda la Iglesia, como lo hemos presentado en los párrafos anteriores. Hacia este sacramento se encaminan el Bautismo y la Confirmación (sermones 227, 229 y 272), y de en él encuentra el cristiano la expresión más grande de amor, se alimenta y festeja aquello que el cristiano es en sí mismo en comunión con los demás, aspecto que se logra gracias a la Eucaristía.

...a vosotros los que, renacidos ahora del agua y del Espíritu, contempláis con nueva luz el alimento y la bebida puestos sobre esta mesa del Señor y los recibís con nuevo fervor, qué significa este sacramento tan grande y divino, esta medicina tan célebre y noble, este sacrificio tan puro y fácil (San Agustín, 1983)<sup>13</sup>.

Estos calificativos empleados por san Agustín en clara referencia a la Eucaristía, reflejan la centralidad e importancia que este sacramento representaba para él y para la comunidad cristiana de Hipona, pues en varias oportunidades el obispo de Hipona recuerda esta realidad e insiste sin fatiga en la importancia de reflejar esta misma comunión eucarística simbolizada en el pan y en el vino, mediante el testimonio mismo de la vida, porque en la Eucaristía se celebra más claramente que en los demás sacramentos, la vida cotidiana de cada cristiano. Podríamos afirmar que según sea nuestra celebración eucarística, de la misma manera será nuestra vida cristiana. En algunas oportunidades Agustín expli-

---

<sup>13</sup>Serm. 228B.

ca brevemente algunas partes de la celebración eucarística y hace ciertas referencias a la vida cotidiana, a las relaciones interpersonales, a la vida como cristianos.

Por eso en primer lugar hay que prestar mucha atención a la Palabra de Dios, por medio de la cual somos instruidos en la voluntad de Dios. “Cuando os reunís en la Iglesia, evitad las habladurías necias y prestad atención a la Escritura”, exhorta a sus fieles en el sermón 227. Como hemos anotado más arriba, Martín Lutero da gran importancia a la Biblia y busca darle la debida centralidad e importancia dentro de la celebración comunitaria de la Eucaristía. La fuerza con la que Lutero defiende su propuesta renovadora de la Eucaristía, en medio de tantos enojos y problemáticas, no deja de mostrar su amor hacia este sacramento y la importancia que ocupa en su vida. Y así como Agustín comparte con sus fieles muchos textos bíblicos para instruir al pueblo en la voluntad de Dios, así también Lutero centra su propuesta de reforma en la Sagrada Escritura.

Hablando de la oración del Señor, que brevemente menciona en sus sermones eucarísticos, podríamos recurrir a sus sermones 56, 57, 58 y 59 donde explica parte por parte dicha oración y donde se hacen diferentes exhortaciones acerca de cómo orar y de cómo debe vivir un cristiano en relación con Dios, con la Iglesia, con los demás y consigo mismo, pero este argumento sobre la oración dominical no corresponde en este momento a nuestro tema.

... decimos la oración del Señor, que habéis aprendido y recitado de memoria. A continuación de ella se dice: *La paz esté con vosotros*, y los cristianos se intercambian el ósculo santo, que es

la señal de la paz. Tenga lugar en la conciencia lo que indican los labios; es decir, como tus labios se acercan a los de tu hermano, de idéntica manera tu corazón no debe alejarse del suyo (San Agustín, 1983,p.288)<sup>14</sup>.

En este punto insiste en la sinceridad y en la verdad de todo lo que decimos y hacemos, la coherencia que debe existir en los gestos que ritualmente se cumplen, para que no permanezcan como simples acciones mecánicas vacías, sino que en realidad surjan del corazón, del interior del hombre donde habita la verdad: “No salgas fuera. Concéntrate en tu intimidad. La verdad reside en el hombre interior” (De ver. Rel. 39,72), porque para san Agustín Dios habita en el interior del hombre y desde allí habla como maestro: “Tú me eras más íntimo que mi propia intimidad y más alto que lo más alto de mi ser” (Conf. III, 6,11). “No quieras estar ausente de El (*Dios*), no quieras estar ausente de ti mismo” (En sal. 39,27)<sup>15</sup>. O como comúnmente se dice en el ardor popular: “de lo que hay en el corazón habla la boca”.

En la misma línea se expresa a los neófitos el día de Pascua, pidiéndoles fidelidad a Cristo, para que permanezcan siempre firmes en la vida como cristianos, cuidándose de caer en doctrinas erróneas como la de los donatistas, pelagianos o maniqueos. Interesante además el tinte familiar que da a sus palabras, haciendo sentir a los neófitos como miembros de una gran familia, que unida por el bautismo y realizada concretamente en la

---

<sup>14</sup> Serm. 227..

<sup>15</sup> Basta recordar por ejemplo aquel conocido pasaje de las Confesiones: “¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre las cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, más yo no estaba contigo” (Cfr. Conf. X,27,38).

Eucaristía, encuentra su razón de ser en Cristo que ama profundamente a su Iglesia; por eso el nombre que realmente importa es el de *cristianos*, que debe reflejarse en la vida cotidiana:

Y ahora me dirijo a éstos para que sean grano en la era y no sigan a la paja, que es llevada de un lado a otro por el viento, y perezcan con ella; antes bien, quédense en la era sujetados por el peso de la caridad para llegar al reino de la inmortalidad. A vosotros, pues, hermanos; a vosotros, hijos; a vosotros, retoños nuevos de la madre Iglesia, os ruego, en nombre de lo que habéis recibido, que pongáis vuestros ojos en quien os llamó, en quien os amó, en quien os buscó cuando estabais perdidos, os iluminó una vez encontrados, para no seguir el sendero de los que se pierden, en quienes desentona el nombre de fieles. No se les preguntará por el nombre que llevan, sino por la concordancia entre vida y nombre. Si ha nacido, ¿dónde está la nueva vida? Si se cuenta entre los fieles, ¿dónde está la fidelidad? Escucho el nombre, pero quiero ver también la realidad. Elegid vosotros a quiénes imitar temiendo a Dios, entrando a la Iglesia con temor, escuchando su palabra con atención, reteniéndola en la memoria, rumiándola con el pensamiento y cumpliéndola con los hechos; elegid vosotros a quiénes imitar (San Agustín, 1983, p. 290)<sup>16</sup>.

Una vez más encontramos en las palabras de san Agustín la importancia de la escucha atenta de la Palabra de Dios en las celebraciones eucarísticas, porque por medio de ella somos instruidos en el camino de la voluntad de Dios, en la orientación de nuestras obras. De acuerdo

---

<sup>16</sup>Serm. 228.

a nuestros actos podemos ser reconocidos como cristianos o no, de acuerdo a quién imitamos. Un buen cristiano es aquel que refleja en su vida la presencia de Cristo. Si por medio de la Eucaristía el cristiano se transforma en el cuerpo de Cristo, por lo tanto, su vida debe ser un evangelio abierto donde los demás puedan encontrar también a Cristo.

No diga vuestro corazón: «¿Dónde podemos encontrar fieles así?» Si vosotros lo sois, los encontraréis. Cada cosa se asocia con la que se le parece: si vives perdidamente, sólo otro perdido se unirá a ti. Comienza a vivir bien, y verás cuántos se te asocian, te rodean, y de cuánta fraternidad disfrutarás. Además, ¿no encuentras nada que imitar? Conviértete tú en objeto de imitación para otros (San Agustín, 1983, p. 291)<sup>17</sup>.

En la celebración comunitaria de la Eucaristía es donde el cristiano puede realmente celebrar la fraternidad y al mismo tiempo comprenderla y aprenderla. Con razón el Concilio vaticano II la ha llamado *culmen et fons* de la vida de la Iglesia (LG 11) y a su vez Martín Lutero quiso resaltarla al enfatizar su dimensión comunitaria y su estrecha unión con Cristo.

Y en el sermón 229 explicando algunas partes de la eucaristía, san Agustín afirma de nuevo la importancia de la coherencia de vida del cristiano, teniendo el corazón lleno de Dios, como él lo expresará también en el frontispicio del libro de las Confesiones cuando afirma la inquietud del corazón que sólo encuentra su reposo en Dios. Un corazón lleno de Dios no puede sino reflejar a Dios mismo a los demás.

---

<sup>17</sup> Serm. 228.

Después del saludo conocido: *El Señor esté con vosotros*, escuchasteis: *Levantemos el corazón*. La vida entera de los cristianos auténticos consiste en levantar el corazón; tener el corazón en alto: he aquí la vida de quienes son cristianos no sólo de nombre, sino también en realidad de verdad. ¿Qué significa «levantar el corazón»? Poner la esperanza en Dios, no en ti... Si depositas tu esperanza en ti mismo, tu corazón está abajo, no en lo alto. Por eso, cuando escuchéis al sacerdote decir: *Levantemos el corazón*, responded: *Lo tenemos levantado hacia el Señor*. Esforzaos para que sea verdadera vuestra respuesta, pues ella quedará en las actas de Dios; vayan de acuerdo la realidad y las palabras; no afirme la lengua lo que niega la conciencia (San Agustín, 1983, p. 229)<sup>18</sup>.

Cuantas veces nuestras eucaristías se convierten en una repetición mecánica de gestos mal hechos y de palabras vacías que no salen en realidad de un corazón inquieto por Dios, convirtiéndose las celebraciones en momentos aburridos y monótonos, en espacios que no dicen mucho. Aspecto que se ve no solamente en los fieles sino incluso, y esto es preocupante, en quien preside la eucaristía; situación que se refleja con toda claridad en quienes presiden la eucaristía de cualquier manera, a toda velocidad porque hay algo “más importante” que hacer o porque la gente no “soporta” una eucaristía muy larga; también se escucha cada predicación que en vez de motivar e inquietar el corazón en el camino diario de conversión hacia Dios, terminan siendo pesados monólogos repetitivos, sin mucho contenido olvidando por completo toda la riqueza que una homilía puede contener, al expresar dentro del contexto litúrgico las

---

<sup>18</sup> Serm. 229.

enseñanzas de Cristo, mostrar la unión de la Palabra de Dios escuchada con la Eucaristía que se celebra; además una homilía busca motivar, reavivar y madurar la fe del cristiano, haciéndole comprender su vida cotidiana a la luz de las lecturas proclamadas, para que repercutan en el comportamiento mismo del ser cristiano, etc.

La celebración eucarística es fuente y culmen de la vida de la Iglesia, porque allí el cristiano puede traer sus dificultades y problemas cotidianos, puede buscar la reconciliación consigo mismo y con los demás y renovarse así cada día en la vivencia cotidiana de la caridad cristiana, del amor que Cristo nos comparte y nos invita a compartir con los demás, no solamente en cada celebración sino a cada momento de nuestra existencia; porque el amor cristiano que se vive en la Eucaristía debe ser compartido también en el diario vivir. Por eso, por ejemplo, el gesto del saludo de paz, busca expresar visiblemente la comunión existente y simbolizada ya a través del pan y del vino, mostrando un corazón necesitado y abierto a la renovación por medio del perdón, expresado cariñosamente con el gesto de la paz, que no puede quedarse en un frío saludo. Así lo expresa claramente san Agustín:

Luego se dice: *La paz esté con vosotros*. Gran misterio este del beso de la paz. Que tu beso sea señal de amor. No seas Judas; Judas el traidor tendía una trampa a Cristo mientras le besaba con la boca. Pero quizás alguien tiene el ánimo hostil contra ti, y no puedes ni persuadirlo ni argüirlo y te ves obligado a tolerarlo. No le devuelvas mal por mal en tu corazón; si él te odia, tú ámale y bésale tranquilamente (San Agustín, 1983, p. 300)<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup>Serm. 229,3.

La Eucaristía se configura en el centro, de la vida del cristiano. Y la vida del cristiano debe ser fortalecida por la caridad. Por eso para el santo Doctor, la caridad se constituye en el vínculo que une profundamente a los cristianos entre sí y con Dios. Pero al mismo tiempo, unida a la caridad, nuestro obispo presenta la humildad, como una tarea indispensable de cada día, ya que contrapuesta al orgullo y a la soberbia, aseguran una convivencia fraterna con un amor sincero que busca siempre el bien de los demás.

Así por ejemplo, recordando el pasaje de san Pablo donde habla de la caridad como el camino más excelente (1 Cor. 12, 31- 13,1-13), san Agustín enfatiza también la importancia de la unidad entre todos, como miembros de un solo cuerpo, donde todos desempeñamos un papel importante aun contando con la diferencia de cada miembro, porque así como en el cuerpo todos los miembros son diferentes pero igualmente importantes, así en la Iglesia todos somos iguales en la diversidad y debemos buscar la comunión en la caridad y la humildad. “Si, por ejemplo, la mano izquierda tiene un anillo y no la derecha, ¿acaso está ésta sin adorno? Mira las dos manos y verás que una lo tiene y la otra no; mira el conjunto del cuerpo al que se unen ambas manos y advierte que la que no tiene adorno lo tiene en aquella que lo tiene” (serm. 162A, 5). Y un poco más adelante continúa insistiendo en la misma idea: “Así, pues, cada miembro, según los oficios distintos y peculiares que se les han confiado, realizan lo que ordena la mente; no obstante, eso, todos constituyen un solo cuerpo y forman una unidad (serm 162A, 5). Y hablando aún más claramente sobre este aspecto de la unidad en la humildad, resalta a continuación la caridad que debe existir entre todos los miembros de la Iglesia a ejemplo de los

miembros del cuerpo humano, imagen que San Pablo toma para hablar de la comunión que debe existir entre todos los cristianos como miembros del único Cuerpo de Cristo de quien formamos parte.

Finalmente, hermanos, si a algún miembro del cuerpo le sobreviene alguna molestia, ¿cuál de los restantes miembros le negará su ayuda? ¿Qué cosa en un hombre está más en el extremo que el pie?... Así y todo, esta extremidad de todo el cuerpo forma tal parte del conjunto que, si en ese mismo lugar se clava una espina, todos los miembros concurren a prestar su ayuda para extraerla: al instante se doblan las rodillas, la espina —no la que hirió, sino la que sostiene todo el dorso—; se sienta, para sacar la espina; ya el mismo hecho de sentarse con el fin expuesto es obra de todo el cuerpo. ¡Cuán pequeño es el lugar que sufre la molestia! Es tan pequeño cuanto la espina que lo punzó; y, sin embargo, el cuerpo entero no se desentiende de la molestia sufrida por aquel extremo y exiguo lugar; los restantes miembros no sufren dolor alguno, pero todos lo sienten en aquel único lugar. De aquí tomó el Apóstol un ejemplo de caridad exhortándonos a amarnos mutuamente como se aman los miembros en el cuerpo: *Si sufre, dice, un miembro, se compadecen también los otros miembros; y si es glorificado uno solo, se alegran todos. Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros* (San Agustín, 1983, p. 551)<sup>20</sup>.

Muchos otros ejemplos como éste encontramos en los sermones y escritos del Obispo de Hipona, siempre estimulando en quien lo escucha o lee el ardor de la cari-

---

<sup>20</sup> Serm. 162<sup>a</sup>,5.

dad. Una Iglesia que vive de la Eucaristía no puede ser ajena a este mandamiento del mismo Jesús (Jn 13, 34-35) y a su ejemplo de vida, hasta el punto de entregar su vida por nosotros (Jn 15, 12-13).

Veis cómo el conjunto de muchos granos se ha transformado en un solo pan; de idéntica manera, sed también vosotros una sola cosa amándoos, poseyendo una sola fe, una única esperanza y un solo amor. Cuando los herejes reciben este sacramento, reciben un testimonio en contra suya, puesto que ellos buscan la división, mientras este pan les está indicando la unidad. Lo mismo sucede con el vino... también vosotros estáis sobre la mesa, también vosotros estáis dentro del cáliz. Sois vino conmigo: lo somos conjuntamente; juntos lo bebemos, porque juntos vivimos (San Agustín, 1983, p. 298)<sup>21</sup>.

Esta imagen del pan como fruto de muchos granos de trigo, resuena varias veces en diferentes momentos de sus sermones y escritos, siempre para simbolizar esta comunión eucarística a la que todos estamos llamados. Por eso, la Eucaristía se constituye en fuente y en culmen de la vida de la Iglesia, porque allí el cristiano renueva cada día aquel vínculo de amor que fortalece la comunión. En ese pan y en ese vino somos representados en perfecta comunión todos los bautizados juntamente con Cristo, no solo los laicos, sino toda la Iglesia. “Sois vino conmigo: lo somos conjuntamente”, obispo, presbítero, diácono y laicos, todos formamos un solo Cuerpo; “juntos lo bebemos, porque juntos vivimos”, es decir, el comer y beber juntos es fruto de la conviven-

---

<sup>21</sup> Serm. 229,2.

cia fraterna en comunidad. Nadie puede disfrutar plenamente una buena cena si a la mesa te encuentras con alguien a quien no amas, por eso “juntos lo bebemos, porque juntos vivimos”, juntos celebramos la Eucaristía porque juntos experimentamos la reconciliación, la caridad, la fraternidad, la paz y la solidaridad en la vida cotidiana.

La Eucaristía no puede reducirse solamente al momento que va desde la procesión de entrada (cuando la hay) hasta la bendición final y despedida. La Eucaristía implica, presupone e influye en nuestra vida. Toda nuestra vida debe ser eucarística, es decir, toda nuestra vida debe ser una experiencia de comunión en la caridad y en la humildad, una comunión fraterna donde a ejemplo del cuerpo, todos busquemos el bien común.

Por eso la Eucaristía es fuente y culmen, porque a ella llegamos con todo el peso de nuestras jornadas, con sus problemas y logros, con sus sueños y triunfos, con todo lo que el ser humano es; y lo ofrecemos a Dios junto con el pan y el vino, que como frutos de la tierra y del trabajo del hombre perfectamente representan la vida del hombre y la mujer de cada día, para ser transformados por la acción santificadora del Amor de Dios que con su Espíritu hace posible la comunión entre todos. Así la vida se vuelve eucarística y la Eucaristía se transforma en el momento culminante de nuestra vida, y en la fuente que nos alimenta con nuevas fuerzas para continuar viviendo cada día en comunión y amor. Así la Iglesia en sus miembros se vuelve eucarística.

### **2.3. Iglesia eucarística: la comunión de los miembros del cuerpo de Cristo; “sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros” (serm 272)**

Para San Agustín Eucaristía e Iglesia están íntimamente unidos; son realidades inseparables. Tanto así que la Iglesia alcanza su máxima realización en la Eucaristía, así lo asegura Ruano de la Haza: “Más que de unión, el Obispo de Hipona habla de total interdependencia” e inmediatamente justifica su afirmación citando una de las obras de san Agustín donde dice, “porque Cristo no está únicamente en la cabeza y no en el cuerpo, sino que Cristo está todo entero en la cabeza y en cuerpo. Lo que son sus miembros lo es también él; más lo que es él no lo son siempre sus miembros. Porque si él mismo no fuera sus miembros, no tenía por qué decir: < Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? > >” (Ruano de la Haza, 1992, p.372).

Podríamos afirmar que la presencia real de Cristo en el pan y en el vino en la doctrina del obispo de Hipona no tiene lugar a dudas, pero ante todo quiere destacar y resaltar la unidad mística que los fieles constituyen con Cristo-cabeza. Así por ejemplo encontramos en el Sermón 272 (alusión a los neófitos), lo siguiente:

Lo que estáis viendo sobre el altar de Dios, lo veis también la pasada noche<sup>22</sup>; pero aún no habéis escuchado qué es, qué significa ni el gran misterio que encierra. Lo que veis es pan y un cáliz; vuestros ojos así os lo indican. Mas según vuestra fe, que

---

<sup>22</sup> Se refiere a la noche de la vigilia pascual, en que los nuevos bautizados participaban por primera vez del sacramento de la Eucaristía.

necesita ser instruida, el pan es el cuerpo de Cristo, y el cáliz la sangre de Cristo. Esto dicho brevemente, lo que quizá sea suficiente a la fe; pero la fe exige ser documentada... ¿cómo este pan es su cuerpo y cómo este cáliz, o lo que él contiene, es su sangre? A estas cosas, hermanos míos, las llamamos sacramentos, porque en ellas es una cosa la que se ve y otra la que se entiende. Lo que se ve tiene forma corporal; lo que se entiende posee fruto espiritual. Por tanto, si queréis entender el cuerpo de Cristo, escucha al Apóstol, que dice a los fieles: *Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros* (1 Cor 12,27). En consecuencia, si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros. A lo que sois respondéis con el Amén, y con vuestra respuesta lo rubricáis. Se te dice: *El cuerpo de Cristo*, y respondes: *Amén*. Sé miembro del cuerpo de Cristo para que sea auténtico el *Amén*<sup>25</sup>. (San Agustín, 1983,p.766).

Para San Agustín, Cristo-Iglesia-Eucaristía conforman el Cuerpo de Cristo. O, en otras palabras, el cuerpo de la Iglesia y la Eucaristía vienen a convertirse o a ser expresión de una misma realidad: Cristo; teniendo en claro que el vínculo de esta conjunción son el pan y el vino. Así se entiende por qué razón la Eucaristía debe produ-

---

<sup>25</sup> Algunos han calificado a San Agustín de ser simbolista, y este sermón 272 se constituye para algunos en clave de esa lectura, sin embargo "el sermón entero es, en este aspecto, de una densidad tal que, para los partidarios del simbolismo, resulta uno de los textos más determinantes o concluyentes. Creemos, no obstante, que dicho texto no supone, en absoluto, un simbolismo tan radical que excluya la Presencia real... por otro lado, contemplar en la Eucaristía el gran vínculo de la Iglesia, y en los símbolos eucarísticos la imagen de su unidad, es, no solo conforme al pensamiento de nuestro Santo, sino al de la Iglesia entera, de todas las épocas". (Ruano de la Haza, 1992,p. 374).

cir como fruto la unidad de los creyentes entre sí y con Cristo, su cabeza. Idea, que como hemos anotado en el capítulo primero, el Concilio Vaticano ha presentado en su Constitución dogmática sobre la Iglesia LG 7, donde habla de la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo, a quien nos unimos por medio de los sacramentos.

Encontramos también en este sermón 272, una definición de sacramento que se ha configurado en clásico a lo largo de los siglos, pasando por la edad media, en la escolástica, hasta nuestros días: “A estas cosas, hermanos míos, las llamamos sacramentos, porque en ellas es una cosa la que se ve y otra la que se entiende”. “Sólo que en san Agustín tiene una amplitud mayor que la que ordinariamente se le da, puesto que, para él, los *sacramentos* no pueden reducirse a los siete de la teología posterior. –Así lo afirma el agustino y agustinólogo Pío de Luis, y continúa diciendo –Para él (*san Agustín*) toda la Escritura está llena de esos sacramentos o misterios, e igualmente la liturgia de la Iglesia”<sup>24</sup>.

Importante además la interpretación que san Agustín da a la respuesta *amén* que el fiel pronuncia al recibir el pan consagrado. Este *amén* viene interpretado en una doble dimensión, es decir, como expresión de fe de la

---

<sup>24</sup> Afirmación realizada por el P. Pío de Luis, OSA, en la nota 2 del sermón 272. (San Agustín, 1983). Me permito transcribir aquí otro análisis al respecto, por la claridad que puede darnos sobre este tema: “El vocablo *sacramentum* que el español ha transformado en sacramento, no siempre lo usa Agustín en el sentido que el lenguaje católico posterior al santo teólogo le ha dado, a saber, el de signo eficaz de la gracia, instituido por Jesucristo y activado en la Iglesia por quienes, en la comunidad creyente y para servicio de ésta, han recibido de él el encargo para ello. En los escritos agustinianos, dicho término se aplica al bautismo y a la eucaristía, a ritos judaicos como a la circuncisión, y a las fiestas comunes a ambas religiones, verbi-gracia, la pascua... a la humanidad del Verbo y a sucesos bíblicos cuyo significado teológico desborda su historicidad, no siempre verificable, a veces insostenible, pero en la que Agustín siempre cree y a la que, en consecuencia, trata de arrancarle su secreto salvífico, al que llama < < sacramento > >” (Anoz, 2005,p.899).

presencia real del Cuerpo de Cristo en la Eucaristía y además como aceptación de toda la comunidad cristiana que también, en la caridad, está representada en el pan y en el vino como Cuerpo eclesial de Cristo. Podríamos afirmar que la expresión *Cuerpo de Cristo* eucarístico, señala tanto el Cuerpo mismo de Cristo como el Cuerpo eclesial suyo, porque al comer y beber el cuerpo y la sangre de Cristo somos transformados en él mismo, así lo expresa claramente el obispo de Hipona cuando afirma:

Recibid, pues, y comed el cuerpo de Cristo, transformados ya vosotros mismos en miembros de Cristo, en el cuerpo de Cristo; recibid y bebed la sangre de Cristo. No os desvinculéis, comed el vínculo que os une; no os estiméis en poco, bebed vuestro precio. A la manera como se transforma en vosotros cualquier cosa que coméis o bebéis, transformaos también vosotros en el cuerpo de Cristo viviendo en actitud obediente y piadosa (San Agustín, 1983, p. 294)<sup>25</sup>.

Este sermón 272 contiene muchos elementos de su doctrina eucarística que han dado soporte a otras reflexiones a lo largo de los siglos hasta nuestros días. Son conocidas, por ejemplo, las diversas controversias eucarísticas que a través de la edad media se presentaron, guardando una relación con la doctrina agustiniana, o mejor, según una interpretación acerca de su teología. “Sabemos, además, que el cisma de Donato contribu-

---

<sup>25</sup> Serm. 228B,3. Martín Lutero también toma este ejemplo, presentado aquí por san Agustín, para resaltar la comunión que se cumple en la Eucaristía. “...porque no hay unión más íntima, profunda, indivisible que la unión del alimento con el que se nutre, en cuanto que el alimento penetra y se transforma en su misma naturaleza, y se convierte en un solo ser con el que se alimenta... Igualmente nosotros, en el sacramento, nos unimos con Cristo...” (Lutero, 1985, p.309)

yó, no poco, a que Agustín profundizase en el misterio del Cuerpo Místico, siendo precisamente la Eucaristía < < *signum unitatis* > > , la que le brindó el apoyo a su argumento a favor de la unidad entre los miembros todos de la Iglesia” (Ruano de la Haza, 1992,p.145), aunque no solamente esta controversia y las que afrontó también contra los maniqueos y los pelagianos, sino su pensamiento teológico mismo entorno a la visión de sacramento desde las dimensiones del símbolo, sin olvidar además que esto no significa que Agustín negase la presencia real de Cristo en la Eucaristía. “Nadie como él, en efecto, a la vez que afirmaba de manera categórica la presencia real de Cristo en la Eucaristía y el carácter sacrificial de la misma, insistía en ella como sacramento del Cuerpo Místico y de la unidad de la Iglesia” (Ruano de la Haza, 1992,p.146)<sup>26</sup>.

Esta doctrina de Iglesia-comunión desarrollada insistentemente por san Agustín, la encontramos también reflejada en el Concilio vaticano II, que siguiendo al santo doctor encuentra que “la Iglesia es comunión de fieles por medio de Aquel que en el seno a la trinidad es el amor, la comunión, la *societas* del Padre y del Hijo”<sup>27</sup>, como lo hemos desarrollado brevemente en el primer capítulo del presente trabajo. “He aquí lo que habéis recibido. Veis cómo el conjunto de muchos granos se ha transformado en un solo pan; de idéntica manera, sed también vosotros una sola cosa amándoos, poseyendo una sola fe, una única esperanza y un solo amor” (San Agustín, 1983,p. 298).

---

<sup>26</sup> Algunos acusan a Agustín de ser simbolista y otros lo acusan de ser realista, podríamos decir que el obispo de Hipona no fue ni lo uno ni lo otro por separado, sino que supo conjugar las dos cosas al mismo tiempo; así lo afirma por ejemplo Ruano de la Haza (1992) en este artículo citado, (Borobio, 2000).

<sup>27</sup> “... la Chiesa è comunione dei fedeli per mezzo di Colui che in seno alla Trinità è l'amore, la comunione, la *societas* del Padre e del Figlio”. (Ceriotti, 2009,p.76)

San Agustín dice en efecto la responsabilidad que tiene los ministros ordenados para con el pueblo de Dios, y lo resalta en relación con el mismo Cristo a quien nos unimos por medio del Bautismo y en especial lo celebramos y actualizamos por medio de la Eucaristía. “Con su sangre y con su muerte hemos sido redimidos; con su humildad hemos sido levantados, caídos como estábamos; pero también nosotros debemos aportar nuestro granito de arena en favor de sus miembros, puesto que nos hemos convertido en miembros suyos: él es la cabeza, nosotros el cuerpo” (serm 340A,3). Este punto resaltado en varias oportunidades por san Agustín fue también un núcleo importante en la doctrina luterana, pues como hemos anotado en el capítulo anterior, Lutero establece que por medio de la Eucaristía todos los pecados son perdonados, confiándonos a la promesa de Cristo quien en la última cena promete “la remisión de los pecados”. Pero retornando a nuestro sermón 272, encontramos una explicación acerca de la unidad en el pan partiendo de la doctrina del mismo san Pablo (1 Cor 10,17):

¿Por qué precisamente en el pan? No aportemos nada personal al respecto, y escuchemos otra vez al Apóstol, quien, hablando del mismo sacramento, dice: Siendo muchos, somos un solo pan, un único cuerpo. Comprendedlo y llenaos de gozo: unidad, verdad, piedad, caridad. Un solo pan: ¿quién es este único pan? Muchos somos un único cuerpo. Traed a la memoria que el pan no se hace de un solo grano, sino de muchos... Sed lo que veis y recibid lo que sois. Eso es lo que dijo el Apóstol a propósito del pan (San Agustín, 1983, p. 768).

O también este otro sermón en el que hace énfasis en la presencia real de Cristo, el mismo Jesús que se encarnó por obra del Espíritu Santo y nació de María, el mismo que nació en Belén y vivió entre nosotros, el mismo que siendo hombre escogió de entre sus discípulos un grupo de Doce para que estuvieran con él, el mismo que murió en la cruz y que resucitó al tercer día; el mismo que siendo Dios se hizo hombre por amor y que quiso quedarse entre nosotros por medio de la Eucaristía; es el mismo que se hace presente cada vez que nos reunimos en su nombre y celebramos el sacramento de la comunión, el sacramento donde él mismo se nos da como alimento y como bebida. Pero del mismo modo como se hace presente en el pan y en el vino, igualmente está presente en cada cristiano. Nosotros mismos conformamos el Cuerpo de Cristo.

...el Señor, que era la Palabra en el principio, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios, debido a su misericordia, que le impidió despreciar lo que había creado a su imagen, la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, como sabéis, pues la Palabra misma asumió al hombre, es decir, al alma y a la carne del hombre, y se hizo hombre permaneciendo Dios. Y, puesto que sufrió por nosotros, nos confió en este sacramento su cuerpo y sangre, en que nos transformó también a nosotros mismos, pues también nosotros nos hemos convertido en su cuerpo y, por su misericordia, somos lo que recibimos pan (San Agustín, 1983, p. 297).

San Agustín es muy insistente en su reflexión eucarística-eclesiológica de la comunión de los cristianos entre sí y con Cristo. No somos simplemente un grupo de amigos, o un club social, somos mucho más que eso: somos

Cuerpo de Cristo. Así lo presenta también el Concilio Vaticano II cuando afirma unidad de la Iglesia realizada y representada en la Eucaristía, y afirma que “en toda celebración, reunida la comunidad bajo el ministerio sagrado del Obispo, se manifiesta el símbolo de aquella caridad y unidad del Cuerpo místico de Cristo” (LG 26); Podríamos afirmar que para san Agustín el pan y el vino en su unidad intrínseca, representan a la vez la comunidad cristiana en comunión y la presencia de Cristo al mismo tiempo; por eso el *amén* que se responde en el momento de la comunión sacramental, es una expresión que encierra en sí misma estas dos realidades.

Para que exista esta especie visible de pan se han conglutinado muchos granos en una sola masa, como si sucediera aquello mismo que dice la Sagrada Escritura a propósito de los fieles: *Tenían una sola alma y un solo corazón hacia Dios*. Lo mismo ha de decirse del vino. Recordad, hermanos, cómo se hace el vino. Son muchas las uvas que penden del racimo, pero el zumo de las mismas se mezcla, formando un solo vino. Así también nos simbolizó a nosotros Cristo el Señor; quiso que nosotros pertenezáramos a él, y consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad. El que recibe el misterio de la unidad y no posee el vínculo de la paz, no recibe un misterio para provecho propio, sino un testimonio contra sí (San Agustín, 1983, p. 768).

Para un cristiano la Eucaristía no puede quedarse simplemente en un cumplir, ella manifiesta en sí misma lo que implica la vida cotidiana. Quien participa en la Eucaristía y vive sus diferentes momentos, aprende que en la vida necesitamos de los demás para vivir noso-

tros mismos, que los demás forman parte de mi vida y viceversa, que mi vida y la suya se unen en un mismo cuerpo, en el Cuerpo de Cristo. Por eso el gesto de la paz nos enseña lo importante y necesario que es la reconciliación interior consigo mismo y con los demás.

Para san Agustín es muy importante este ideal de la primera comunidad cristiana que nos presenta el libro de los Hechos de los apóstoles (2, 42-45; 4, 32-35) de vida fraterna en un espíritu comunitario. Tanto así que se constituyó en la luz que orientó también su ideal de vida al querer vivir siempre en compañía de los demás, fundando dos conventos en los que, quienes compartían su ideal de vida común, vivían, así lo establece en la Regla monástica: “Esto es lo que os mando que observéis los que vivís de acuerdo en el monasterio. Lo primero por lo que os habéis congregado en comunidad es para que habitéis en la casa unánimes y tengáis una sola alma y un solo corazón hacia Dios” (San Agustín, 1995, p. 560)<sup>28</sup>, y al final del primer capítulo vuelve a retomar esta idea y afirma: “Así pues, vivid todos con una sola alma y un solo corazón, y honrad los unos en los otros a Dios, de quien sois templos vivos” (San Agustín, 1995, p. 564)<sup>29</sup>.

Por eso, otro momento muy significativo y que va de la mano con el gesto de la paz, es el momento de la fracción del pan. Este gesto, que remite a la última Cena y también al relato lucano de los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35), encierra dentro de sí la caridad, la solidaridad, la apertura por los demás, el morir por el ser amado, el amor que se expresa diariamente con el com-

---

<sup>28</sup> Regla de san Agustín I, 1-2.

<sup>29</sup> Regla de san Agustín, I, 8.

pañero de camino en nuestra vida; así lo presenta san Agustín cuando explica el episodio de los discípulos de Emaús:

La vida caminaba con ellos, pero en sus corazones aún no residía la vida. También tú, pues, si quieres poseer la vida, haz lo que hicieron ellos para reconocer al Señor. Lo recibieron como huésped. El Señor tenía el aspecto de uno que iba lejos, pero lo retuvieron. Cuando llegaron al lugar al que se dirigían, le dijeron: *Quédate aquí con nosotros, pues el día ya declina*. Dale hospitalidad, si quieres reconocerlo como salvador. La hospitalidad les devolvió aquello de lo que les había privado la incredulidad. Así, pues, el Señor se hizo presente a sí mismo en la fracción del pan. Aprended dónde debéis buscar al Señor, dónde podéis hallarlo y reconocerlo: cuando lo coméis (San Agustín, 1983, p. 421)<sup>30</sup>.

Otro aspecto que la espiritualidad agustiniana enseña es la hospitalidad, la apertura al otro, el reconocimiento de la presencia de Cristo en la persona del otro. Siendo coherente con su doctrina eucarística, san Agustín reconoce en todos sus escritos y homilías que el otro es presencia de Cristo para mí. El gesto de hospitalidad que tienen estos discípulos con aquel desconocido les permite reconocer después en él al Resucitado que se les revela en la fracción del pan.

La Eucaristía debe ser también una experiencia de acogida y hospitalidad hacia los demás que son nuestros hermanos, aun siendo ellos “desconocidos” para nosotros. Por eso este sacramento transforma la Iglesia en

---

<sup>30</sup> Serm. 235,3.

comunidad, en familia, viviendo la caridad, el perdón, la reconciliación, la paz, el compartir.

Aprended a acoger a los huéspedes, pues en ellos se reconoce a Cristo. ¿O ignoráis que, si acogéis a un cristiano, lo acogéis a él? ¿No dice él mismo: *Fui huésped, y me acogisteis?* Y cuando se le pregunte: *Señor, ¿cuándo te vimos huésped?*, responderá: *Cuando lo hicisteis con uno de mis pequeños, conmigo lo hicisteis.* Así, pues, cuando un cristiano acoge a otro cristiano, sirven los miembros a los restantes miembros, y se alegra la cabeza, y considera como dado a sí mismo lo que se otorgó a uno de sus miembros. Demos de comer en esta tierra a Cristo hambriento, démosle de beber cuando tenga sed, vistámosle si está desnudo, acojámosle si es peregrino, visitémosle si está enfermo. Son necesidades del viaje. Así hemos de vivir en esta peregrinación, donde Cristo está necesitado. Personalmente está lleno, pero tiene necesidad en los suyos (San Agustín, 1983, p. 425)<sup>31</sup>.

Una vez más, coherente con su teología del Cuerpo total, san Agustín insiste en reconocer la presencia de Cristo en el otro; exhortación que además hace repetidas veces en muchos de sus sermones y escritos. Una comunidad eucarística no puede desconocer esta realidad. El ser humano ha sido creado un ser en relación, no es un ser aislado sino comunitario.

La insistencia de san Agustín en la importancia de los diferentes miembros en la Iglesia, nos permite, en esa medida, que podemos comprender igualmente los ministerios que existen en la Iglesia. Cada persona tiene una

---

<sup>31</sup> Serm. 236,3.

misión que cumplir, una responsabilidad que ejercer, un carisma que vivir y poner en común. La insistencia agustiniana en el papel que desempeña cada miembro en el cuerpo, aun siendo este pequeño o aparentemente insignificante, nos ayuda a valorar a cada persona, lo que ella es y lo que ella puede aportar.

La comunión eucarística implica esta diversidad de carismas que son puestos en común y así van creciendo cada día. Esta comunión hace posible que cada cual ejerza su propio carisma, enriqueciendo así a toda la comunidad. Muchos ejemplos al respecto presentan san Agustín en sus obras, pero por el momento nos interesa enfatizar que en la Eucaristía esta diversidad se vuelve común, esta individualidad se vuelve comunidad, estas personas se vuelven Iglesia, esta Iglesia se transforma en el Cuerpo de Cristo.

Después del saludo conocido: *El Señor esté con vosotros*, escuchasteis: *Levantemos el corazón*. La vida entera de los cristianos auténticos consiste en levantar el corazón; tener el corazón en alto: he aquí la vida de quienes son cristianos no sólo de nombre, sino también en realidad de verdad. ¿Qué significa «levantar el corazón»? Poner la esperanza en Dios, no en ti... Esforzaos para que sea verdadera vuestra respuesta, pues ella quedará en las actas de Dios; vayan de acuerdo la realidad y las palabras; no afirme la lengua lo que niega la conciencia (San Agustín, 1983, p. 299)<sup>32</sup>.

En este punto, nos recuerda san Agustín, la Eucaristía nos pone de presente que la vida debe ser coherente

---

<sup>32</sup> Serm. 229,3.

con la fe que profesamos, con el bautismo que hemos celebrado y con el nombre de cristianos que a partir de éste hemos recibido. Ser cristiano no es simplemente pertenecer a un grupo, pero no ser practicante, como dicen hoy muchas personas: “soy católico pero no practicante”. ¿Qué sentido tiene esto?

“La vida entera de los cristianos auténticos consiste en levantar el corazón”, afirma el obispo de Hipona, para quien el corazón simboliza el lugar del encuentro del hombre con Dios, y donde Dios puede habitar si el hombre le ama (Jn 14,23). Levantar el corazón significa abrirse a Dios, permitir que él habite en nosotros. Y este levantar el corazón hacia Dios, este amarlo, implica necesariamente el amor también hacia los demás, implica una apertura hacia el otro, requiere vivir la caridad reconociendo la presencia de Jesús en el prójimo (Mt 25, 31-46).

La imagen de la unidad a ejemplo del cuerpo humano, que san Agustín desarrolla en varios momentos, como hemos notado, también es desarrollada por Martín Lutero en sus obras acerca de la Eucaristía y ocupa un lugar importante en su doctrina, baste recordar nuevamente una breve frase suya al respecto, cuando dice que la unidad se expresa de manera sublime con la imagen del cuerpo, “es más, la unidad constituida de los diversos miembros que forman tu cuerpo es mayor de aquella representada por una convergencia de ideas entre otra persona y tú” (Lutero, 1985, p. 860).

## Conclusiones

Por eso podemos afirmar que cuanto hemos anotado muestra claramente cómo el pensamiento agustiniano ha contribuido con su aporte en muchos de los documentos del Concilio Vaticano II y además, de cómo la centralidad que el mismo Concilio da a la Eucaristía entre los sacramentos, no es extraña al pensamiento y a la experiencia vivida por el obispo de Hipona. “La relación Iglesia-Eucaristía es tan íntima de expresarse significativamente en la doble fase: La Iglesia hace (celebra) la Eucaristía y la Eucaristía hace (construye) la Iglesia” (Ceriotti, 2009, p. 90).

La Eucaristía no debe verse como algo aislado de los demás sacramentos o de la vida misma de la Iglesia; o en otras palabras, la Eucaristía encuentra su plenitud en relación con la comunidad, con la vida sacramental de la Iglesia. La Eucaristía no es algo para celebrarse solamente en sí misma, sino que tiene sus repercusiones en la sociedad. Muchas veces se ve la Eucaristía como un momento solitario o como un acto social que debe hacerse (por ejemplo “hacer la primera comunión”), pero no se vive en realidad el sentido comunal de la celebración.

La comunión eucarística no es automática, por el solo hecho de estar allí; la comunión eucarística implica la disposición personal, implica la apertura a la Trinidad y a los demás. La comunión eclesial se construye a partir de las personas que a pesar de las diferencias buscan la fraternidad, viven la solidaridad, se sienten uno en Cristo. Y en este sentido, la Eucaristía va construyendo Iglesia. De ahí que la Eucaristía se constituya en fuente y culmen de la vida de la Iglesia, pues en cada celebración

se renueva la fraternidad cristiana que se va haciendo más fuerte en la medida en que se experimenta el encuentro con el otro y consigo mismo.

Toda esta reflexión en torno a una Iglesia en comunión eucarística no es algo nuevo, no es una creación actual, sino que es algo que a través de los siglos, desde los primeros tiempos cristianos, se ha ido construyendo. Así lo vivieron los padres de la Iglesia, por ejemplo, y así lo intentó rescatar Martín Lutero con su propuesta de renovación en la Iglesia, y finalmente lo ha desarrollado mucho más el último concilio de la Iglesia, como lo hemos anotado en estas páginas.

Por eso hoy necesitamos rescatar esa realidad eucarístico-eclesial, donde cada individuo se sienta en realidad responsable y participe en la construcción de una Iglesia en comunión eucarística y se comprometa de corazón a vivir esa experiencia. Tanto san Agustín como Martín Lutero, aparecieron en un momento determinado de la historia e intentaron responder a las dificultades y debilidades de entonces. Hoy como ayer, necesitamos retomar los caminos de comunión a través del sacramento de la unidad, que paradójicamente lo hemos convertido en motivo de división, para construir de verdad una Iglesia en la que las diferencias lejos de separarnos sean causa de unidad, y en donde cada uno pueda aportar desde su propia realidad y condición, y donde la jerarquía y los laicos sean capaces de vivir hermanados. La comunión es una tarea que nos implica a todos y es algo que exige constancia y esfuerzo.

## Bibliografía

- Anoz, J. (2005). Los sacramentos. En J. &. Oroz Reta, *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy. Teología dogmática*. Valencia: Edicep.
- Borobio, D. (2000). *Eucaristía*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos .
- Cerioti, G. (2009). *L'unità in Cristo secondo Sant'Agostino, Città Nuova*. Roma: Città Nuova.
- Grossi, V. (2005). *Sant'Agostino, L'Eucarestia corpo della Chiesa, Città Nuova*. Roma.
- Langa, P. (1988). *Introducción general a los escritos antidonatista*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Lutero, M. (1985). *La unità della Chiesa in Cristo. Predica feriale nella chiesa parrocchiale*. <https://alleanzaccattolica.org/lutero-e-la-unita-delle-chiesel>.
- Lutero, M. (1985). *Sermone sul venerabile sacramento del santo vero corpo di Cristo e sulle confraternite*.
- Oñatibia, I. (2008). Ministerios eclesiales. En D. Borobio, *Dionisio (dir). La celebración en la Iglesia, II. sacramentos*. Salamanca: Sígueme.
- Posidio . (2006). *Vida de San Agustín*. <https://www.augustinus.it/spagnolo/vita/possidio.htm>.
- Ruano de la Haza, P. (1992). La eucaristía, sacramento del cuerpo místico, en: *Augustinus* 37 (1992), 372. *Augustinus*, 37 (12), 372.

- San Agustín . (1985). *Obras completas. Sermones (6º), vol XXVI*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- San Agustín . (1995). *Obras completas, vol. XL, Escritos varios (2)*. Madrid : Biblioteca de Autores Cristianos, edición bilingüe.
- San Agustín. (1983). *Obras completas XXIV, sermones (4º), 184-272B, sermones sobre los tiempos litúrgicos. Edición bilingüe*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos. Traducción y notas de Pio de Luis.
- Schrama, M. (2005). *San Agustín, un hombre para los demás. La solicitud pastoral en san Agustín. En: AA. VV. En camino hacia Dios, notas para una espiritualidad agustiniana*. Roma: Pubblicazioni agostiniane, Curia generalizia agostiniana.
- Tillard, J. (2006). *Carne de la Iglesia, carne de Cristo, 49*. Ediciones Sigueme.